

LAS FURIAS

Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa

LAS FURIAS

Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa

Arno J. Mayer

Traducción de Víctor Lucea Ayala

MAYER, Arno J.

Las Furias : violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa / Arno J. Mayer ; traducción de Víctor Lucea Ayala. — Zaragoza : Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014

804 p. ; 22 cm. — (Ciencias sociales ; 99)

ISBN 978-84-15770-96-1

1. Violencia política–Francia. 2. Francia–Historia–1789-1799 (Revolución). 3. Violencia política–URSS. 5. URSS–Historia–1917-1936

323.26/.28(44)

94(44)«1789/99»

323.26/.28(47)

94(47)«1917/36»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, 2000, by Arno Mayer

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza

1.ª edición, 2014

Diseño de la cubierta: Inma García. Prensas de la Universidad de Zaragoza

Colección Ciencias Sociales, n.º 99

Director de la colección: Pedro Rújula López

Edición original: *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*

Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2000

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063

puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D.L.: Z 1804-2013

A Ruth

De todas las pasiones, el odio hacia el *ancien régime* fue la suprema. No importa lo mucho que la gente sufrió y se estremeció, en todo momento consideraron el peligro de un retorno del viejo orden como el peor de los males de su tiempo.

Alexis DE TOCQUEVILLE

La tarea a llevar a cabo no es la conservación del pasado, sino la redención de las esperanzas del pasado.

Max HORKHEIMER y Theodor ADORNO

PREFACIO

Este libro, como cualquier trabajo histórico, tiene una historia propia y fue elaborado en un contexto político e historiográfico específico. En 1987 terminé *Why Did the Heavens Not Darken?*, y reanudé el trabajo sobre la secuela de *The Persistence of the Old Regime*, que había dejado a un lado para meditar e investigar en torno al *judeocidio*. Pero una turbulencia en la atmósfera política e intelectual circundante me distrajo.

Pasé mucho tiempo en Francia de 1987 a 1990, los años de los ritos del bicentenario de la Revolución francesa, en los que los historiadores fueron oficiantes destacados. No había nada de extraño en que los historiadores franceses, en particular los intelectuales públicos, jugasen los roles que ellos mismos se habían asignado. Lo habían estado haciendo así prácticamente desde 1789, adoptando tres posturas diferentes: abjurar y condenar la Revolución en su integridad; rescatar la «revolución sin una revolución», frente a la revolución radical del Terror; exaltar y justificar la Revolución, *en bloc*. Hay algo de arquetípico en estas tres posturas, que desde 1917 han definido los debates en torno a la Revolución rusa, salvo cuando en un momento dado la tercera se dividió en dos ante la cuestión de la continuidad o la ruptura entre Lenin y Stalin.

El «crescendo de la violencia» (Jules Michelet) ha sido el asunto más importante y definitorio del indómito debate en torno a la Gran Revolución. Durante el bicentenario los historiadores franceses reeditaron la ba-

talla cierta y real entre los acusadores, que culpaban a uno o más líderes ideológicos de la espiral de las Furias, incluyendo el Terror, y los defensores, que las atribuían a la fuerza de las circunstancias. Ciertamente parecía como si el viejo vino de la polémica se estuviese vertiendo en las nuevas botellas historiográficas.

No obstante, el debate del bicentenario se volvió especialmente polémico y apasionado. En parte esto fue así porque, como cabría esperar, sirvió de pantalla para argumentos acalorados sobre un pasado reciente de Francia todavía no superado. ¿Había sido Vichy la última representación de la contrarrevolución que databa de 1789, amparada por la Alemania nazi? ¿No eran los comunistas franceses, desde los años treinta, otra cosa que jacobinos modernos a las órdenes de la Rusia soviética? No era ajeno a esto el hecho de que la gran cuestión histórica que se aireaba estuviera marcada por el cambiante *Zeitgeist* que, a su vez, contribuía a modelar. A causa o a pesar del regreso de la «izquierda» moderada al poder en Francia en 1981, hubo un resurgimiento vigoroso de la extrema «derecha» y del conservadurismo tradicional. Esta mutación política e intelectual coincidió con el ascenso de Ronald Reagan y Margaret Thatcher y de sus asistentes neoconservadores en Estados Unidos y Gran Bretaña, y con el avance de la *glasnost* y la *perestroika* en Europa central y del este, y en Rusia. Cuando esto sucedía al marxismo académico se lo llevaba la corriente.

Este fue el contexto en el que resurgieron los historiadores conservadores para revivir y actualizar su postura: argumentaron que la Revolución francesa, además de un pecado imperdonable, era el origen último de todos los fuegos del purgatorio del siglo xx. Sin duda que estos «contrarrevolucionarios» modernos hubieran quedado en nada de no haber encontrado almas gemelas o compañeros de viaje entre los conservadores moderados y los nuevos demócratas liberales. En concreto de entre ellos los renegados excomunistas, quienes según los patrones europeos tuvieron un peso enorme entre la *intelligentsia* parisina, se convirtieron en intermediarios vitales: aunque involuntariamente, legitimaron esta resurgente postura reaccionaria y a sus adalides, haciéndolos *salonfähig* de los distritos sexto y séptimo. Georg Simmel, fundador de la sociología «formal», concibió a los renegados incisivamente, verdaderos creyentes fieles a una «lealtad característica», pues en lugar de «crecer ingenuamente [...] en un nuevo grupo político, religioso o de otro tipo», ingresan en él tras haber roto previamente con otro, que nunca deja de «rechazarlos» y de indignarse.

Estos verdaderos creyentes, vueltos ahora del revés, dieron dos pasos sucesivos para concretar la arremetida de la extrema derecha, emergiendo en ese proceso como su voz principal y más emblemática. En primer lugar, postularon la semejanza de las causas últimas y del funcionamiento del ascenso de la violencia de las Revoluciones francesa y rusa: se dijo que Robespierre, Rousseau y el Gran Terror eran prácticamente lo mismo que Lenin/Stalin, Marx y el gulag. Interpretaron el Terror jacobino a la luz del Terror bolchevique, y afirmaron que el gobierno de miedo y sangre de 1793-1794 había sido el ensayo general y el presagio del gobierno de 1917-1989.

Su segundo paso consistió en estirar la analogía hasta abarcar al Tercer Reich. Se dijo que los regímenes soviético y nazi fueron en lo fundamental, cuando no en su totalidad, idénticos: ambos eran variantes del mismo totalitarismo, cuyas raíces filosóficas se remontaban al momento jacobino. Cualesquiera que fuesen las diferencias entre ambos regímenes —no había equivalente soviético para el racismo genocida del nazismo—, estas pesaban menos que los parecidos de sus estructuras y métodos de dominación, y que la resolución de sus criminales Furias. En comparación con la línea de descendencia que iba del terror jacobino al bolchevique, la que existía entre los terrores bolchevique y nazi era, además, de inmediata, material: al parecer, por su anterior comienzo cronológico, la checa/KGB y el gulag habrían servido como modelos para el estado de las SS y los campos de concentración que Hitler instaló para combatir mejor al bolchevismo, tanto en el interior como en el exterior. Se estaba sembrando el terreno para la rehabilitación y justificación del imperativo anticomunista del fascismo y el nacionalsocialismo, incluyendo la «revolución nacional» de la Francia de Vichy.

Había importantes parecidos de familia entre la *querelle des historiens* en Francia y la paralela *historikerstreit* en Alemania, en particular el estilo de intelección y el propósito político de los «agresores». Abstraídos de espacio y tiempo, y sin esforzarse por reprimir su «virus de presentismo» (Marc Bloch), forzaron las semejanzas entre los sistemas soviético y nazi, dejando apenas espacio para diferencias y contrastes básicos, sobre todo en lo concerniente a la causa y el rol del terror y la guerra. Profundamente atribulado, consideré volver a un estudio comparativo e interactivo de las Furias soviética y nazi que no fuera un retrato en blanco y negro. Pero la perspectiva de zambullirme, una vez más, en el *judeocidio* me hizo detenerme.

En este punto, a finales de 1989 mi buen amigo Maurice Agulhon me ofreció una invitación como lector en el Collège de France sobre el *ancien régime* de Europa entre las dos guerras mundiales. Rehusé, alegando que el debate del bicentenario me había desviado del asunto. En el transcurso de una conversación, sobre vino, lamenté las evidentes insuficiencias en las comparaciones al uso entre los *crescendos* de la violencia en la Francia y Rusia revolucionarias. Tras desahogarme, sugerí guasonamente que hablaría sobre este asunto, sobre el que era un absoluto ignorante. En lugar de mandarme a freír espárragos, Maurice Agulhon buscó un bolígrafo y un papel, y escribió el título para una serie de charlas: *Violence et Terreur aux Temps de la Révolution Française et de la Révolution Russe*. Estas *leçons*, dadas en la primavera de 1991, se convirtieron en la base de este libro.

Un estudio objetivo y carente de opinión sobre el aspecto más angustioso y controvertido del fenómeno revolucionario es, por supuesto, y de modo lógico, imposible. Paul Ricœur insiste certeramente en que no hay mayor pretensión que la de alegar que «la ideología es el pensamiento de mi adversario, que es el pensamiento del *otro*». Al tratar sobre el *crescendo* de la violencia es difícil encontrar un equilibrio razonable entre explicación y condena, comprensión y justificación, desapego y proximidad. Sin duda, como reacción exagerada a los historiadores que alegremente asumen el rol de acusadores, jueces y moralistas, me expongo a la acusación de asumir la de cínico o apologista. Tal es el riesgo —pero también el desafío y la responsabilidad intelectual— de «cepillar la historia a contrapelo» (Walter Benjamin) y esforzarse por comprender empáticamente las Furias.

Este trabajo no cubre todos los aspectos de las Revoluciones francesa y rusa. Más bien es una exploración de sus espirales de violencia y terror documentada conceptualmente. Basado fundamentalmente en fuentes secundarias, trata de abrir nuevas perspectivas y no tanto presentar nuevos datos. Debido a que la erudición sobre las Furias jacobinas es claramente más completa y sofisticada que la existente sobre los bolcheviques, la primera tiene una importancia heurística notable para el estudio de la segunda. Al mismo tiempo, y paradójicamente, existe la necesidad de recuperar una mayor cercanía empática hacia la Revolución francesa, que está estudiada y objetivada en exceso, y de buscar una mayor distancia crítica respecto de la Revolución rusa, cuya historiografía apenas está comenzando a desasirse de ensordecedoras y cegadoras polémicas.

Al escoger las Furias como el título principal de este libro, trato de sugerir que en buena medida la violencia y el terror revolucionarios fueron extraordinariamente feroces y despiadados por estar alentados por el miedo, impulsados por la venganza y sancionados «religiosamente». De forma parecida a la Grecia de Esquilo, la guerra civil y exterior, el miedo y el desorden, se entrelazaron con un ciclo interminable de vertiginosa violencia en defensa del viejo orden y en apoyo del nuevo, algo característico de los momentos de ruptura y (re)fundación. La metamorfosis de las coléricas divinidades femeninas Erinias en las amables Euménides marcaban el final de una transición difícil, desde un *crescendo* a un *decrescendo* de la violencia. Esta mutación se simbolizaba por el establecimiento del Consejo de los Areópagos, que finalizaba la lucha entre el caos y el cosmos. A diferencia de las Furias antiguas, que tenían una sola cara, las de las Revoluciones francesa y rusa eran múltiples y dialécticas.

Estoy en deuda con Richard Wortman por su detallada lectura crítica de la penúltima versión de mi manuscrito para Princeton University Press. Una y otra vez utilicé a Maurice Agulhon y Philip Nord como cajas de resonancia en cuestiones de historia francesa, y a Moshe Lewin y Stephen Kotkin en cuestiones de historia rusa. En diferentes etapas de mi investigación y escritura tuve la prudente ayuda de Kristin Gager, Guillaume Garreta, Gavin Lewis y Moshe Sluhovsky. Tengo una particular deuda de gratitud con Pamela Long, quien redactó una y otra vez sucesivos bocetos con una infrecuente precisión, velocidad y, sobre todo, con alegría y comprensión contagiosas. Brigitta van Rheinberg, mi editora en Princeton University Press, empuñó el cetro con mano firme y gracia encantadora, al igual que Jodi Beder, mi editora de copias. Bajo la insistencia de Régine Azria, mi vivaz y reflexiva colega, fue publicada una primera versión del capítulo 13 en los *Archives de Sciences Sociales des Religions*, número 90 (abril-junio, 1995).

A pesar de los crecientes desacuerdos que con el tiempo socavaron una firme *complicité* personal e intelectual, François Furet me acompañó en mi búsqueda. Todavía y siempre, Carl Schorske, Pierre Vidal-Naquet y Sheldon Wolin, además de mimarme con su amistad incondicional, han sido mi bote salvavidas académico e intelectual. Este libro está escrito con y para ellos.

Arno J. MAYER

Princeton y Chérence
Verano de 1999

INTRODUCCIÓN

En este temprano amanecer del siglo XXI, que sigue a uno de los más oscuros períodos de la humanidad, la revolución es vista ofreciendo una promesa pequeña y planteando una amenaza menor. Pero en un pasado no muy lejano, durante las distantes aunque no inconexas épocas de las Revoluciones francesa y rusa, la promesa y la amenaza estuvieron vigorosa e inextricablemente entrelazadas. Además, la revolución presenta dos caras contrapuestas: una gloriosa y atractiva, la otra violenta y terrorífica.¹ Hoy en día la utopía se encuentra completamente eclipsada por la distopía. En gran parte del primer y segundo mundo existe un consenso, articulado por Hannah Arendt, según el cual «la libertad ha sido mejor preservada en países donde nunca estalló una revolución, sin importar cuán indignantes puedan ser las circunstancias en que el poder es ejercido, y que existen incluso más libertades civiles en países donde la revolución fue derrotada que en aquellos en los que las revoluciones han salido triunfantes».² La revolución es vista como algo innecesario, y sus costes humanos y materiales in-

1 Alain Rey, *Révolution: Histoire d'un mot*, Gallimard, París, 1989, pp. 17-18; y John Dunn, *Modern Revolutions: An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenon*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972, p. 12.

2 Hannah Arendt, *On Revolution*, Viking, Nueva York, 1965, p. 41 [trad. en castellano: *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 2004].

sostenibles desde un punto de vista moral e histórico. El gran encanto y el gran miedo de las revoluciones de Francia y Rusia han dado pie a la celebración de revoluciones esencialmente incruentas por los derechos humanos, la propiedad privada y el capitalismo de libre mercado. Esta perspectiva, enraizada en valores liberales y conservadores, excluye la premisa revolucionaria, lo cual perjudica al estudio crítico de la revolución tanto como a la teoría revolucionaria en sí misma.

Puede ser oportuno tener en cuenta que, en esta era de la globalización, este punto de vista es puesto en cuestión en las sociedades predominantemente campesinas de los países en desarrollo, con sus caóticos, superpoblados e incómodos centros urbanos. Cuatro de los seis mil millones de habitantes del mundo residen en estas zonas desabastecidas, y millones de ellas viven en o bajo el umbral de la pobreza. Los costes de este injusto y opresivo orden social, en términos de largo plazo, son «tan atroces como los de la revolución, quizás bastante más que estos».³ Además, la inercia histórica exige un precio permanente, aumentado cada cierto tiempo por las hambrunas y las epidemias, por el conflicto y la guerra civil. Entre las razones «para la ausencia de revueltas en [este] contexto de explotación y miseria» figuran, sobre todo, los «riesgos mortales» que los gobernantes y las clases dirigentes «pueden imponer sobre los potenciales rebeldes» mediante su enorme fuerza coercitiva y su intimidante violencia, ya sea de tipo físico o simbólico.⁴

Sea como fuere, en este estudio sobre las Furias de las Revoluciones francesa y rusa propongo que no hay revolución sin violencia y terror, sin guerra civil y conflicto exterior, sin iconoclastia y conflicto religioso, sin una colisión entre la ciudad y el campo. Las Furias de la revolución están alimentadas en primera instancia por la inevitable y habitual resistencia de las fuerzas e ideas que se oponen a ella, dentro y fuera de sus fronteras. Esta polarización se torna singularmente feroz una vez que la revolución, al

3 Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Beacon, Boston, 1966, pp. 103-104, 485-486, 491 y 505 [trad. en castellano: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Península, Barcelona, 1973]. Véase también E. H. Carr, *What Is History?*, Vintage, Nueva York, 1961, p. 102 [trad. en castellano: *¿Qué es la Historia?*, Ariel, Barcelona, 1987].

4 James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven, 1976, pp. 193-194 y 226-227.

enfrentarse a esta resistencia, promete y amenaza al mismo tiempo con una refundación radical de la política y la sociedad. Hannah Arendt subrayó correctamente que la revolución «nos enfrenta directa e inevitablemente con el problema del comienzo», entendiendo por ello algo más que un mero «cambio». ⁵ Jules Michelet sugirió incluso que es más juicioso «hablar de fundación que de Revolución». ⁶

Este problema de la fundación o refundación ha ocupado a teóricos sociales y políticos a través de los tiempos, y pocos o ninguno de ellos consideraron la posibilidad teórica o histórica de un comienzo radicalmente nuevo sin recurrir a una súbita violencia y a un retroceso hacia la barbarie. Maquiavelo subrayó que «no hay nada más difícil de llevar a cabo, más dudoso de éxito, nada más peligroso de manejar, que el inicio de un nuevo orden». ⁷ Argumentó, estableciendo un modelo, que ninguna fundación o refundación exhaustiva podía sobrevivir haciendo frente a un desorden y una resistencia intensos sin un gobernante absoluto dispuesto a usar una violencia rápida, extraordinaria y, si fuera preciso, cruel.

Tengo presente en el replanteamiento del papel de la violencia en la revolución no solo las Furias inherentes a la noción de una fundación nueva, sino también la realidad y urgencia de la violencia colectiva desde tiempo inmemorial. ⁸ Este hecho, sombrío y testarudo, desafía la presunción, ampliamente extendida, según la cual la violencia es tan inusual como la revolución. La guerra exterior, quizás la forma más común y esencial de violencia colectiva mortífera, es uno de los principales agentes que radicalizan la revolución: la guerra revolucionó decisivamente la Revolución francesa en 1792-1794, y la guerra y lo inminente de su comienzo revolucionaron la Revolución rusa en 1917-1921, y también en la década de los treinta. La guerra civil

⁵ Arendt, *On Revolution*, p. 13. Véase también Dana R. Villa, *Arendt and Heidegger: The Fate of the Political*, Princeton University Press, Princeton, 1996, pp. 156 y 171.

⁶ Véase su discurso de apertura de 1845 en Jules Michelet, *Cours au Collège de France, 1838-1851*, 2 vols., Gallimard, París, 1995, vol. 2, p. 17.

⁷ Maquiavelo, *The Prince and the Discourses*, Modern Library, Nueva York, 1940, p. 21 (*The Prince*, cap. iv) [una trad. en castellano, por ejemplo: *El Príncipe*, Espasa-Calpe, Madrid, 2006].

⁸ Wolfgang Sofsky, *Traktat über die Gewalt*, S. Fischer, Fráncfort del Meno, 1996 [trad. en castellano: *Tratado sobre la violencia*, Abada, Madrid, 2006].

es la otra habitual forma de violencia colectiva que enciende las Furias de la revolución, máxime si se acopla con una guerra externa cuasireligiosa. No hay mejor guía para el estudio de la letal fusión de las guerras externa y civil en tiempos de convulsión general, que el discurso de Tucídides sobre el salvajismo furioso y brutal que tuvo lugar en Corcyra (Corfú), durante la guerra del Peloponeso.⁹ Sea como fuere, la violencia aparejada a la revolución se mueve hacia los extremos, o al menos parece hacerlo, precisamente porque la revolución implica tanto la guerra externa como la guerra civil.

Como regla general, el análisis de las Furias revolucionarias está biseñado por la vieja asunción de que «una guerra exterior [es] un mal mucho más benévolo que una guerra civil», y que no hay nada de malo en desviar las peligrosas «pasiones que se encienden [...] entre nosotros [...] hacia una guerra con nuestros vecinos».¹⁰ Es difícil de comprender por qué la revolución no debería «ser aceptada por su violencia y su derramamiento de sangre», mientras que la guerra es «totalmente admisible y moralmente justificable». Aunque ambas son «inmorales» y «prueba de pecado», «asumir la historia» significa asumir la una y la otra, y ninguna de ellas puede ser «juzgada solamente desde la perspectiva de la moralidad individual».¹¹ Las grandes mortandades ocurridas en las guerras exteriores de las Revoluciones francesa y rusa rebasaron las de las guerras civiles, y, sin embargo, las primeras son glorificadas y mitificadas, y las últimas execradas. Al comienzo de la carnicería de las dos guerras mundiales del siglo xx, Maurice Merleau-Ponty tuvo buenas razones para preguntarse si «tras tantos llamamientos a “Hacer el Supremo Sacrificio” por la Madre Patria», uno quizás debería mostrar más comprensión hacia «los llamamientos a la resistencia para “Hacer el Supremo Sacrificio” por la Revolución».¹²

9 Tucídides, *The Peloponesian War*, trad. Thomas Hobbes, vol. 1, Londres, 1812, libro 3, pp. 183-187; trad. Rex Warner, Penguin, Londres, 1954, libro 3, pp. 207-212; trad. Steven Lattimore, Hackett Publishing, Indianápolis, 1998, libro 3, pp. 80-84 [trad. en castellano: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Alianza, Madrid, 2011].

10 Michel de Montaigne, *Essais*, vol. 2, cap 23 [trad. en castellano: *Ensayos completos*, Cátedra, Madrid, 2003].

11 Nicolas Berdiaev, *The Origin of Russian Communism*, Geoffrey Bles, Londres, 1948, pp. 131-132 [trad. en castellano: *Orígenes y espíritu del comunismo ruso*, Fomento de Cultura, Valencia, 1958].

12 Maurice Merleau-Ponty, *Humanism and Terror: An Essay on the Communist Problem*, Beacon, Boston, 1947/1969, p. xxxiv [trad. en castellano: *Humanismo y terror*, Leviatán, Buenos Aires, 1986].

Fue Chateaubriand quien primero cuestionó el axioma según el cual la guerra exterior era moralmente superior a la guerra civil, advirtiendo que con frecuencia «un pueblo se ha revigorizado y regenerado a golpe de discordias cainitas». Es desde luego horrible que los vecinos de una comunidad «arrasen la propiedad del otro y manchen su hogar de sangre». Chateaubriand cuestionó, sin embargo, si «en efecto es mucho más humano masacrar a un campesino alemán a quien no conoces y con quien nunca intercambiaste una palabra, a quien robas y matas sin remordimientos, y cuyas esposas e hijas deshonras con la conciencia limpia simplemente porque *c'est la guerre*». En su visión alternativa, «las guerras civiles son menos injustas y nauseabundas, y a la vez más naturales, que las guerras exteriores». Tienen el mérito de activar injurias y animosidades personales y al menos, o en el peor de los casos, los adversarios saben «por qué desenfundan sus espadas». Por contraste, las naciones tienden a ir a la guerra porque «un rey está hastiado, un arribista ambicioso pretende ascender, o un ministro es echado para suplantar a un rival».¹³

La revolución proviene y se nutre al mismo tiempo del colapso de la soberanía indivisa y centralizada del Estado, y de su disolución en distintos centros de poder o de impotencia rivales.¹⁴ Durante las revoluciones de Francia y Rusia cada uno de los diversos centros recurrió a la violencia en un esfuerzo por reclamar o asegurarse el monopolio en el uso legítimo de la coerción a nivel nacional, regional o local. La espiral de violencia que acompañó esa circunstancia fue amplificada por la quiebra simultánea del poder judicial y, en general, de los organismos que aplicaban la ley, abriéndose un espacio para el retorno de la venganza represiva, sobre todo en zonas de guerra civil y terror incontrolados como la Vendée y Tambov, y en las ciudades del Midi y de Ucrania.

Como sugirió Jacob Burckhardt, si la «resistencia paraliza las crisis [o revoluciones] ilegítimas, enardece con ferocidad a las auténticas».¹⁵ Con

13 Chateaubriand, *Mémoires d'Outre-tombe*, vol. III, 12:4 [trad. en castellano: *Mémoires de ultratumba*, Alianza, Madrid, 2005].

14 Rod Aya, «Theories of Revolution Reconsidered: Contrasting Methods of Collective Violence», *Theory and Society*, 8:1 (julio 1979), pp. 40-45.

15 Jacob Burckhardt, *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, Kröner, Stuttgart, 1978, p. 174 [trad. en castellano: *Reflexiones sobre la Historia universal*, FCE, México, 1996].

toda seguridad, «no se da una revolución si dos no quieren», y la contrarrevolución es la otra mitad de la revolución.¹⁶ Revolución y contrarrevolución están amarradas la una a la otra «igual que la reacción está ligada a la acción», dando lugar a «un planteamiento histórico, que [...] es al tiempo dialéctico e impulsado por la necesidad».¹⁷ Otro postulado central de este estudio es que la revolución y la contrarrevolución piden ser concebidas y examinadas en sus propios términos. Difícilmente podía esperarse que las inveteradas clases gobernantes y dirigentes de Francia y Rusia abandonaran libremente sus intereses y prerrogativas heredados, especialmente cuando estaban ligados a un universo religioso, cultural y mental que estaba siendo abruptamente desafiado. En poco tiempo, el terreno político se polarizó en lo que Carl Schmitt concibe como una división o disociación de «amigo-enemigo»,¹⁸ en la que cada bando luchaba con ferocidad por sus «principios sagrados».¹⁹

En cualquier caso, la contrarrevolución fue algo real y tangible. No fue un fantasma, un plan aristocrático o capitalista inventado por caudillos o fanáticos jacobinos y bolcheviques que quisieran animar sus maniqueas ideologías y retóricas con el objeto de justificar y legitimar el terror revolucionario. Además, el alarmismo conspirativo fue algo común a ambos bandos de la división amigo-enemigo, y en buena medida cruel y alejado de lo ideológico, figurando el «razonamiento» conspirativo en un segundo orden sobre todo en sociedades campesinas «primitivas» como en la Francia de 1789 y la Rusia de 1917. No es preciso apuntar que la contrarrevolución es tan compleja, flexible y generadora de sectarismos como la revolución. En lo más alto de la resistencia están tanto el desacuerdo como la acción conjunta de conservadores, reaccionarios y contrarrevolucionarios.²⁰ Pero hay, además, una distinción y una tensión básica entre esta compleja y organizada *contrarrevolución* desde arriba, y la espontánea e irregular antirrevolu-

16 Chalmers Johnson, *Revolution and the Social System*, Hoover Institution of War, Revolution and Peace, Stanford, 1964, pp. 6-7.

17 Arendt, *On Revolution*, pp. 8 y 47-48.

18 Véase Heinrich Meier, *Carl Schmitt and Leo Strauss: The Hidden Dialogue*, University of Chicago Press, Chicago, 1995 [trad. en castellano: *Carl Schmitt, Leo Strauss y «El concepto de lo político»*. *Sobre un diálogo entre ausentes*, Katz, Madrid, 2009].

19 Burckhardt, *Weltgeschichtliche*, p. 177.

20 Arno J. Mayer, *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956: An Analytic Framework*, Harper and Row, Nueva York, 1971, caps. 2-3.

ción desde abajo.²¹ Esta antirrevolución, sobre todo en su forma de resistencia campesina, fue el epicentro de las guerras civiles durante las Revoluciones rusa y francesa, y en ella la repercusión y ferocidad de la violencia y el terror no tuvieron parangón, incluso en los parámetros de Córceira. Como la predisposición y la fundamentación de la contrarrevolución desde arriba era elitista, no consiguió conectar con la antirrevolución popular que surgía desde abajo, de modo que el destino contrarrevolucionario se convirtió en algo excesivamente dependiente de la ayuda exterior y de la intervención militar promovida por los *émigrés*.

La contrarrevolución está cuando menos tan profundamente anclada en la tradición política y la cultura de Francia y Rusia como la revolución. Sus ideas centrales fueron formuladas, en primer lugar, como negación de las ideas de los *philosophes* del XVIII francés, y con añadidos y variantes se han mantenido desde entonces. Efectivamente, la controversia en torno a las ideas centrales de la Ilustración «es tan antigua como la [Ilustración] misma»,²² y a través de su historia la Ilustración ha sido «inseparable de la sombra de la Contra-Ilustración». Además, en la medida en que las ideas hacen historia, «los peligros putativos del [...] pensamiento racionalista y secular de la Ilustración son mayores que los aparejados a los peligros de cualquier cosa que la contra-Ilustración pudiera ofrecer en su lugar». Si la Ilustración puede asumir su parte de culpa por «los Grandes Terrores de los regímenes totalitarios de izquierda» del pasado reciente, entonces la contra-Ilustración puede también asumir una responsabilidad igualmente pesada por los terrores de la Alemania nazi.²³ En cualquier caso, en el reconocimiento y valoración de la violencia y el terror de las Revoluciones francesa y rusa, tanto en sus aspectos internos como en su vertiente internacional, es importante recordar que la contrarrevolución no fue inocente, que sin ella no pudieron existir las Furias, y que en las disyuntivas clave las fuerzas de la resistencia casi alcanzaron el triunfo final.

21 Véase Claude Mazaauric, «Autopsie d'un échec: La résistance à l'anti-révolution et la défaite de la contre-révolution», en François Lebrun y Roger Dupuy (eds.), *Les résistances à la Révolution: Actes du Colloque de Rennes, 17-21 Septembre 1985*, Imago, París, 1987, pp. 237-244.

22 Isaiah Berlin, citado en Raymond Tallis, *Enemies of Hope: A Critique of Contemporary Pessimism*, Macmillan, Londres, 1997, p. 1.

23 Tallis, *Enemies*, pp. 2, 61 y 55.

Otra premisa de este estudio es que el conflicto religioso fue una significativa fuerza revolucionadora. En la Francia de 1789 y la Rusia de 1917, con un 85 % de población rural, campesina y analfabeta, la Iglesia y la religión eran omnipresentes, y en ambos países permaneció intacta la unidad orgánica entre «la política» y «lo sagrado» en el apogeo de la sociedad política.²⁴ Además, robustecidas por su extensa e imponente dotación institucional, la Iglesia católica galicana y la Iglesia ortodoxa rusa ejercieron una enorme influencia en la vida cotidiana. Por su parte, los reformistas y revolucionarios fueron seducidos por el discurso progresista de la Ilustración, que fundamentalmente estaba en contra del dogma y la hegemonía de las Iglesias establecidas. Acreditados cosmopolitas, reformistas y revolucionarios, concentrados en unas cuantas ciudades, desdeñaron un mundo campesino al que estaban dispuestos a liberar de la ceguera de la ignorancia y la superstición que alimentaba el clero. Si el campo constituyó un lejano telón de fondo para los cadalsos de la guillotina y los tribunales de los juicios ejemplarizantes, sus pueblos y aldeas fueron el escenario principal de mortales guerras campesinas, agravadas por cosmologías antitéticas.

No podría haber conversión de la sociedad civil y política sin una modificación substancial de las relaciones entre Estado e Iglesia, y sin una notable relajación del control que mantenía la Iglesia organizada sobre esferas fundamentales de la vida social y cultural. Francamente, nada podía producir más división que la repentina desacralización de la alta política, la separación de la Iglesia y el Estado, la desposesión de las propiedades eclesiásticas y la emancipación de las minorías religiosas. Con el tiempo casi todos los obispos y la mayor parte del bajo clero se habrían de rebelar contra la reforma institucional. Además, el papa Pío VI y el supremo patriarca Tijon anatematizaron y excomulgaron a jacobinos y bolcheviques, contribuyendo con ello a la escalada de un conflicto temporal dentro del religioso. Los sacerdotes rurales jugaron, probablemente más en Francia que en Rusia, un papel considerable en la resistencia campesina a la revolución.

En cuanto ambas revoluciones separaron la Iglesia oficial del Estado y la refrenaron, alentaron religiones alternativas como parte de la búsqueda

24 Peter Berger, *The Sacred Canopy: Elements of a Sociological Theory of Religion*, Doubleday, Nueva York, 1967 [trad. en castellano: *El dosel sagrado. Para una teoría sociológica de la religión*, Kairós, Barcelona, 2006]; y Roger Caillois, *L'homme et le sacré*, 3.^a ed., Gallimard, París, 1950 [trad. en castellano: *El hombre y lo sagrado*, FCE, Madrid, 2009].

de la santificación de su nueva fundación. Mitad miméticas mitad inventadas, estas cuasireligiones expandieron su propio dogma y catecismo, sus propios sumos sacerdotes, rituales, lugares sagrados y mártires. La casi simultánea separación de Iglesia dominante y Estado, y la emergencia de una fe y un culto paralelos, fueron producto de la disociación amigo-enemigo, que dichas religiones alternativas contribuyeron en gran medida a exacerbar.

Es tal la fuerza e indefinición de la vorágine revolucionaria que da lugar a una irrupción en un futuro exigente pero indeterminado, liderado, sobre todo, por líderes políticos inexpertos. Estos neófitos se encuentran cara a cara con lo que Edmund Burke denunció como «los enormes males de [...] la espantosa innovación», y con lo que Hannah Arendt consideró como el «extraño *pathos* de lo novedoso [...] inherente a todas las revoluciones». ²⁵ Este estudio subrayará que los llamados líderes de las Revoluciones francesa y rusa, presionados por acontecimientos insospechados y desconcertantes, no tuvieron otra opción que tomar graves y peligrosas decisiones, sin poder beneficiarse de una «ciencia del futuro» ²⁶ —decisiones para las que no existía un criterio racional—. Tras 1789 y 1917 los nuevos desórdenes emergentes en los diversos contextos, interior e internacional, eran demasiado arrolladores e intensos para quienes habían de tomar decisiones como para poder controlarlos y canalizarlos de acuerdo con planes ideológicos preconcebidos y prefijados. Es cierto que las ideologías jacobina y bolchevique jugaron un rol crucial, pero también que, lejos de ser rígidas, fueron fluidas y flexibles, y limitaron o facilitaron, más que determinaron, las elecciones de los actores.

El concepto de *ideología* es a un tiempo demasiado vago, cargado de significado y mecánico como para proporcionar un marco explicativo válido. Los actores revolucionarios recurrieron a la ideología para legitimar y justificar acciones y políticas, y para criticar e invalidar las de sus adversarios. En los momentos en los que la soberanía se diluye y la hegemonía quiebra, la ideología impulsa además la solidaridad social y política engendrando mitos,

25 Paul Langford (ed.), *The Writings and Speeches of Edmund Burke*, vol. 9, Clarendon, Oxford, 1991, p. 156; y Arendt, *On Revolution*, pp. 19, 27 y 39.

26 Merleau-Ponty, *Humanism and Terror*, p. xxxiii.

eslóganes y profecías reconfortantes. No se trata de «negar la importancia crucial de las ideologías y los programas públicos en situaciones revolucionarias», sino de insistir en que por sí solas son «una orientación muy pobre» para acercarse a la génesis, el desarrollo y el resultado de una revolución.²⁷

Por otra parte, Francia no conocía en 1788 planes revolucionarios preparados de antemano: a lo más «una docena [...] de escritores poco conocidos declaraban ser verdaderos republicanos y revolucionarios»,²⁸ y el grueso de los compromisarios y de la nueva clase política no descubrió y abrazó la Ilustración hasta después de la caída de la Bastilla,²⁹ cuando aprovecharon los escritos de los *philosophes* «para afianzar su legitimidad, justificar sus acciones y darles un linaje».³⁰ Lo cual no quiere decir que el «régimen de 1793 fuera la consecuencia legítima o necesaria, el ineluctable instrumento» de estos textos fundacionales.³¹ Robespierre no sostuvo hasta diciembre de ese año 1793 que «la teoría del gobierno revolucionario era tan nueva como la Revolución que la había producido», e insistió en que era «inútil buscar esta teoría en los libros de los escritores políticos, quienes en modo alguno habían anticipado esta Revolución».³²

En comparación con 1789, los actores que fueron líderes revolucionarios en 1917 estaban mucho mejor pertrechados de una ideología y programas, que contaban además con el respaldo de organizaciones políticas y eran difundidos a través de la prensa. Aun así, el determinismo ideológico no fue más fuerte en la Revolución rusa que en la francesa. Ninguno de los tres partidos revolucionarios mayoritarios —menchevique, socialista revolucionario, bolchevique— estaba preparado para el caos al que se enfrenta-

27 Aya, «Theories...», pp. 46-48.

28 Daniel Mornet, *Les origines intellectuelles de la Révolution française, 1715-1878*, 6.^a ed., Colin, París, 1967, p. 217 [trad. en castellano: *Los orígenes intelectuales de la Revolución francesa, 1715-1787*, Paidós, Barcelona, 1969].

29 Véase Timothy Tackett, *Becoming a Revolutionary: The Deputies of the French National Assembly and the Emergence of a Revolutionary Culture, 1789-1790*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

30 Roger Chartier, *Les origines culturelles de la Révolution française*, Seuil, París, 1990, pp. 14-15 [trad. en castellano: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Gedisa, Barcelona, 1995].

31 Edgar Quinet, *La Révolution*, Belin, París, 1987, p. 45 [trad. en castellano: *La Revolución*, Barcelona, 1877].

32 Robespierre, *Discours et rapports à la convention*, París, 10/18, 1965, p. 190 [trad. en castellano: *Discursos e informes en la Convención*, Ciencia Nueva, Madrid, 1968].

ron en 1917, hasta el punto que sus principios rectores y sus tinglados organizativos quedaron fuera de lugar. Es cierto que los bolcheviques aclimataron a Marx y el marxismo a las condiciones rusas, y los canonizaron. Pero los líderes soviéticos actuaban guiados sobre todo por la fuerza de las circunstancias, y no tanto por los preceptos inspirados en el marxismo cuando, tras el llamamiento por «la paz, el pan y la tierra», firmaron la Paz de Brest-Litovsk y ratificaron el reparto de tierra entre los campesinos. La adopción del Comunismo de Guerra en 1918 y de la Nueva Política Económica en 1921 fueron una enorme improvisación, casi carentes de principios marxistas, al igual que lo fue el Gran Giro hacia la industrialización y la colectivización forzosas. En lo que atañe a la férrea organización y normativa de partido cabe decir que estuvo profundamente condicionada por el carácter autoritario de la política y la cultura del Imperio ruso tardío. Y de igual modo fue favorecida, fortalecida y justificada por las leyes de emergencia de 1917-1921 y, más tarde, por las implacables presiones externas, incluyendo tanto la guerra caliente como la fría.

La revolución y la política internacional están íntimamente relacionadas, siendo tan importante la reacción del mundo exterior como el impacto ejercido por la revolución en otros países y en el concierto de las potencias. Desde el primer momento el atractivo de las Revoluciones francesa y rusa no quedó restringido a sus países de origen: de la noche a la mañana adquirieron resonancia y envergadura histórico-mundial debido a la naturaleza universal(izante) del conjunto de sus ideas y proyectos, que ostentaron durante más tiempo su lustre impoluto y su fascinación subyugante en el exterior que en el interior. Además, las grandes revoluciones son epidémicas y cósmicas, a diferencia de las revueltas, que son endémicas y territoriales.³³ Si los más devotos creyentes esperaban y profetizaban el triunfo de la revolución por doquier, los Gobiernos de otros Estados temían el contagio. El insolente régimen revolucionario y las potencias hostiles se malentendían respecto de sus capacidades y sospechaban mutuamente respecto de sus intenciones, lo que hizo que la política internacional se volviera cada vez más

33 Eugen Rosenstock, *Die europäischen Revolutionen: Volkscharaktere und Staatenbildung*, Eugen Diederichs, Jena, 1931, cap. 1; y Jacques Ellul, *Autopsie de la révolution*, Calmann-Lévy, París, 1969, cap. 1 [trad. en castellano: *Autopsia de la revolución*, Diana, México, 1973].

permeable a la ideología, incrementando así el riesgo y la repercusión de la guerra. A comienzos de 1792 los girondinos, por razones esencialmente internas, presionaron a la Asamblea francesa y al Gobierno para entrar en guerra, al tiempo que una serie de inesperados contratiempos militares requirieron el endurecimiento del régimen, regido ahora por el Comité de Salvación Pública. El Gobierno soviético, por su parte, fue en buena medida producto de una guerra en la que quedó sumido hasta 1921. A diferencia de los jacobinos, los bolcheviques asumieron, o se vieron forzados a asumir, una postura en esencia defensiva cuando se enfrentaron a una intervención extranjera hostil inducida por la feroz guerra civil rusa y la quiebra de la autoridad imperial. Pero no importa cuán diferentes fueran sus salidas a la escena mundial, ambas revoluciones se revolucionaron debido a la guerra exterior: el Comité de Salvación Pública y el Consejo de Comisarios del Pueblo utilizaron el terror para obligar a cumplir con el alistamiento, controlar precios y salarios, requisar alimentos y confiscar los bienes eclesiásticos. Hubo una estrecha conexión entre el decreto de la *levée en masse* (movilización masiva), la proclamación del Terror y la adopción de la Ley de Sospechosos de 1793, y el Decreto de la Patria Socialista en Peligro y la declaración oficial del «Terror Rojo» en 1918. Asimismo, tanto el solemne regicidio de Luis XVI como la ejecución secreta y sin ceremonia ninguna de Nicolás II se apresuraron debido a las crecientes sospechas de que ambos soberanos alentaban la resistencia interior y la posible intervención militar extranjera.

Durante aproximadamente un cuarto de siglo, y de modo casi inintencionado, los sucesivos Gobiernos de Francia dirimieron las batallas internas asistiendo al nuevo comienzo de su nación en los confines de Europa y más allá. Puede decirse que los ejércitos de Napoleón, al colocar las ideas de 1789 en la punta de sus bayonetas, *externalizaron* la violencia fundacional de la Revolución francesa bajo la forma de una «guerra de liberación». En palabras de Karl Marx y Friedrich Engels, los regímenes postermidorianos «perfeccionaron el terror mediante la substitución de la guerra permanente por la revolución permanente».³⁴ Por supuesto, esta presunta cruzada por los derechos humanos se convirtió en una jugada por el dominio de Europa que se

34 *The Holy Family*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, vol. 4, Lawrence and Wishart, Londres, 1975, p. 23 (cursivas en el texto) [trad. en castellano: *La sagrada familia*, Akal, Madrid, 1977].

llevó por delante varios millones de vidas, entre ellas un millón de soldados franceses. A la postre serían los ejércitos de la victoriosa coalición de potencias europeas, y no la resistencia o la contrarrevolución internas, los que restauraron a los Borbones en su trono, aunque sin instaurar un immaculado *statu quo* previo. Las triunfales y costosas guerras de 1795 a 1814 habían posibilitado el restablecimiento de una soberanía indivisa, el apaciguamiento de las «pasiones exorbitadas», y la consolidación de algunos de los principales logros revolucionarios, incluyendo entre ellos el *Código Napoleónico*.

La trayectoria de la Revolución rusa fue totalmente diferente de la francesa en cuanto a política exterior, diplomacia y guerra. En 1918-1921 la intervención extranjera en apoyo de la contrarrevolución fue muy limitada: los aliados estaban exhaustos por la Gran Guerra, existía una oposición popular a la intervención (a diferencia de 1792), y la tarea parecía formidable dada la geografía y la complejidad de Rusia. Tras los gloriosos, aunque brutales y agotadores, años fundacionales los bolcheviques dirigieron su acción hacia el interior, buscando una autarquía cada vez mayor en lo económico, lo político y lo cultural. Con el cordón sanitario (la primera «política de contención») sólidamente asentado, este forzado e ilógico autoaislamiento favoreció el crecimiento de una mentalidad de asedio desafiante, y justificó la continuidad de la férrea cultura política fraguada durante la guerra civil.

La Rusia soviética, a diferencia de la Francia postermidoriana, se encontraba en cuarentena y carecía de la capacidad militar y el ardor misionero para enviar por doquier a los ejércitos revolucionarios. Es cierto que más adelante, durante la Segunda Guerra Mundial, Moscú rompería el cordón sanitario, reclamaría la mayor parte de las fronteras de la Rusia Imperial anterior a 1917, y prepararía el terreno para su primacía en el este de Europa. Pero esta «expansión» fue un subproducto no intencionado e imprevisto del desarrollo diplomático y militar. No cabe duda de que la Gran Guerra Patriótica, casi fatal pero victoriosa al fin, no fue una guerra preconcebida, ni de liberación comunista ni de conquista territorial. Y tras 1945, en la Segunda Guerra Fría, las potencias occidentales seguirían con la cuarentena, ahora llamada contención. Excepto durante la provisional Gran Alianza de 1941-1945, y aun esto con ciertas cautelas, la Unión Soviética nunca fue aceptada en el consejo de las naciones en un plano de igualdad, y continuó siendo tratada como un *outsider*.

Al aislar y poner en cuarentena al régimen revolucionario en sus vertientes diplomática, económica y financiera, el mundo exterior ayudó a crear las condiciones para el «socialismo en un solo país» de Stalin. Esta marginación proporcionó buena parte del fundamento y justificación de la vertiginosa industrialización y colectivización de la Segunda Revolución de los años treinta. En particular, la urgencia militar afectó a esta modernización frenética, y combinó los riesgos que suponía enfrentarse al «extraño *pathos* de la novedad». Stalin mientras tanto utilizó los peligros externos para impulsar su proyecto y su poder, espoleando en ese proceso con fuerza la construcción del «socialismo en un solo Estado» hasta pervertirlo en el «terror en un solo Estado». Efectivamente, la cuarentena y la aparición de nubarrones de guerra proporcionaron no solo el motivo para dar la prioridad a la industria pesada relacionada con lo militar en los subsiguientes planes quinquenales, sino también para la escalada de las Furias internas que culminaría en los Procesos de la Gran Purga, el consejo de guerra del mariscal Tujachevski y la *Stalinschchina*.

Hubo, por supuesto, una diferencia abismal entre el primer terror de 1917-1922 y el de los años treinta. El primero fue inseparable de la guerra civil con los Blancos, la intervención de las potencias europeas, y las luchas contra las *jacqueries* o revueltas campesinas. Su flujo y reflujo estuvieron muy relacionados, aunque no tuvieron una perfecta correlación con las operaciones militares, lo que hace difícil, si no imposible, deslindar las bajas de los enfrentamientos militares respecto de las víctimas del terror. En el fragor de la guerra exterior y civil los bolcheviques se convencieron fácilmente de que las rebeliones campesinas antirrevolucionarias formaban parte de una resistencia contrarrevolucionaria que mantenía lazos con el hostil mundo exterior. En este punto procedieron de modo mucho más parecido a los jacobinos de la Vendée.

En los años treinta, por el contrario, el régimen bolchevique no estaba involucrado ni en guerra civil ni exterior, y la resistencia interna fue de menores consecuencias que los peligros internacionales. En consecuencia puede decirse que el segundo terror estaba lejos de lo que Chateaubriand concebía como guerra civil, y aún más, que pertenecía claramente a la guerra interna y no a la exterior. La *Stalinschchina* se cobró pocas bajas y la mayor parte de las víctimas fueron ciudadanos soviéticos, mientras que la mayoría de las bajas y las víctimas del «terror externalizado» de la

Francia napoleónica no fueron francesas. Efectivamente, aun teniendo en cuenta la creciente presión de los peligros externos y militares, las Furias de los años treinta fueron en esencia nacionales y fratricidas, que en buena medida son las más incomprensibles.

El presente estudio sobre la violencia y el terror de las Revoluciones francesa y rusa es deliberadamente comparativo, señala una red de semejanzas significativas que son exploradas y refinadas por el análisis analógico. Por supuesto, cualquier prueba comparativa corre el riesgo de caer en una «persecución de parecidos» en lugar de ser un «reconocimiento y apreciación de diferencias».³⁵ Asumir el parecido no significa más que subrayar que los aspectos centrales de ambos momentos revolucionarios, separados en tiempo y espacio, no fueron ni totalmente únicos, ni totalmente iguales, y también, por lo tanto, significa prestar atención para distinguir disparidades y contrastes entre dichos momentos revolucionarios.

La perspectiva comparativa ayuda a plantear nuevas cuestiones, como el rol de la venganza; a traer a la luz y rebatir tácitas asunciones académicas, como la anomalía y monstruosidad de la violencia; y a identificar singularidades, como la importación del precedente francés a la Revolución rusa. El análisis comparativo facilita el reconocimiento de la trascendencia de memorias y legados históricos, como el de las grandes masacres religiosas en Francia y el del Sistema de Exilio Siberiano en Rusia, con el fin de establecer el perfil y dinámica de ambos terrores. Ello desencadena, además, una reconsideración del espacio relativo de la Iglesia y de la religión, o de la política internacional y la guerra, en la jerarquía de los ámbitos y las causas de la radicalización.

Una lectura comparativa precisa de un relato que abarque las similitudes de las dinámicas de las dos revoluciones y las diferencias de los contextos en que tuvieron lugar.³⁶ Las condiciones necesarias de largo recorrido y las causas inmediatas de las Revoluciones rusa y francesa fueron, desde luego, radicalmente diferentes. Francia, en 1789, con una población de 28

35 Marc Bloch, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», en Marc Bloch, *Mélanges historiques*, vol. 1, SEVPEN, París, 1963, pp. 16-40, esp. 17 y 38.

36 Bloch, «Pour une histoire comparée...», p. 17.

millones, era la potencia más grande y poblada del sistema europeo, exceptuando Rusia, y tenía un ejército y una economía sin parangón. Francia era, además, considerada como el país más avanzado del mundo «civilizado», con una posición y logros culturales únicos. El francés era la lengua franca de las clases dirigentes más refinadas de Europa, del mundo diplomático, y de la naciente Ilustración transnacional. Justo después de los días radiantes de 1789, el francés se convirtió en el lenguaje de la libertad, la igualdad y la fraternidad. La fuerza y *grandeur* de Francia estaba soportada por una población que era, como la de la mayoría de Europa, campesina, rural, analfabeta y católica «primitiva» en un 85 %.

Francia siguió siendo fuerte cuando, tras la caída de la Bastilla, la Asamblea Nacional abolió el feudalismo y adoptó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. A pesar de los inquietantes aprietos fiscales de las vísperas de la Revolución, los sucesivos Gobiernos Provisionales se sintieron en lo económico y financiero relativamente seguros conforme adoptaron políticas cada vez más radicales. Tras las derrotas fronterizas de 1792, el nuevo Gobierno francés consiguió aglutinar a la «nación en armas» durante casi un cuarto de siglo de guerra expansionista, sin tensionar la economía y el tesoro hasta después de la retirada de Moscú en 1812.

La Rusia de 1917 no tiene parecido alguno con la Francia de 1789. Es cierto que también contaba con un 85 % de una población campesina, rural, analfabeta y «primitiva» ortodoxa. Pero más de un siglo después de 1789, este perfil social y cultural había quedado obsoleto en el concierto de las grandes naciones. Con un tamaño cuarenta veces el de Francia, el Imperio Románov tenía una población estimada de entre 140 y 160 millones, casi la mitad de la «gran» Rusia. En casi todos los aspectos principales la economía, abrumadoramente agraria, pertenecía a otro tiempo, al igual que el mundo de los artesanos y los oficios. El sector industrial era exiguo y, como los ferrocarriles, estaba concentrado en las regiones occidentales, dependía de préstamos exteriores, y fue distorsionado por las urgencias militares. El ruso nunca fue ni se convirtió en un lenguaje mundial.

Aunque el Renacimiento y la Reforma apenas rozaron Rusia, en su momento las ideas de la Ilustración ejercieron «una influencia poderosa y total». Para sectores de las élites dirigentes de Rusia, así y todo, estas ideas no constituían tanto una «promesa de liberar al hombre de la superstición

y la opresión y de unirlos con la Razón y la Naturaleza», cuanto una «receta para la modernización y el fortalecimiento del Estado» con el propósito de alcanzar a Occidente.³⁷ A la postre, entre 1848 y 1917 el marxismo entró en Rusia como una segunda Ilustración, con una receta actualizada para conseguir un rápido desarrollo al estilo occidental que habría de allanar el terreno a la transformación socialista de la sociedad. A diferencia de los intelectuales públicos y simpatizantes de la primera Ilustración, que tuvieron acceso a la corte y a los *salons*, los adalides de la Segunda Ilustración rusa fueron disidentes políticos, rebeldes y revolucionarios, la mayoría de los cuales marcharon a la clandestinidad o al exilio, o fueron encarcelados y enviados a Siberia.

Mientras que en 1789 Francia permanecía fuerte, próspera, en paz y constituía en sí misma un marchamo de la alta cultura europea, la Rusia de 1917 no solo estaba subdesarrollada y ubicada en los márgenes de la civilización europea, sino que además había sido atrapada por sorpresa en una guerra extenuante y devoradora. Efectivamente, cuando primero los reformistas y luego los bolcheviques asumieron el poder, el país se enfrentaba a una derrota militar, al colapso económico y a la hambruna aparejada a la quiebra de la autoridad política, estando en peligro la propia supervivencia del Estado. Estas fueron las circunstancias extremas que llevaron a los bolcheviques al poder y que, al mismo tiempo, lastraron su gobierno desde el comienzo. El hecho de que la revolución en la «atrasada» Rusia fracasara al tratar de expansionarse hacia Europa central, y que fuera bloqueada por las «avanzadas» potencias occidentales y Japón, complicó considerablemente la ingente tarea de los bolcheviques.

Al igual que no hay explicación histórica si no hay comparación, explícita o implícita, tampoco la hay si no hay teoría. Puede que la Historia sea «la menos científica de todas las ciencias», y que carezca de «rigor conceptual» por la fluidez e indeterminación del análisis histórico.³⁸ Aun así, los historiadores formulan sus cuestiones y explicaciones con la ayuda de

37 Ernest Gellner, *Times Literary Supplement*, 9 diciembre de 1994. Véase también Isaac Deutscher, *The Prophet Armed: Trotsky, 1879-1921*, Oxford University Press, Oxford, 1954, pp. 187-189 [trad. en castellano: *Trotsky: el profeta armado, 1879-1921*, Era, México, 1966].

38 Burckhardt, *Weltgeschichtliche*, p. 83.

teorías y conceptos, ya sea en voz alta o *sotto voce*.³⁹ En este estudio de las Furias revolucionarias o fundacionales miro deliberada y explícitamente hacia las teorías políticas y sociales que puedan ayudar a enmarcar cuestiones, constructos analíticos y argumentos: Maquiavelo y Hobbes; Montaigne y Montesquieu; Burke y Maistre; Tocqueville y Marx; Weber y Schmitt; Arendt y Ricoeur.

Desde luego, este préstamo teórico no es inocente, y está animado por la misma valoración subjetiva que documenta el resto de cuestiones de la búsqueda histórica. Existe ante todo el riesgo de pervertir la lógica interna de un constructo teórico unificado cuando nos apropiamos de uno de sus subteoremas para apuntalar una exploración o un argumento histórico. Es un pequeño consuelo el que los teóricos, como hacen «los usuarios de la historia [...] con los [argumentos] elaborados [...] y valorados por otros», sean igual de predadores y se expongan a pervertir las interpretaciones históricas cuando colocan diferentes hechos y acontecimientos para apoyar sus razonamientos.⁴⁰ Los teóricos tienden, sobre todo, a menospreciar la cronología, mientras que los historiadores nunca pierden de vista que el tiempo histórico es «el plasma en el que los hechos están inmersos, y el ambiente desde el cual deducen su significado».⁴¹

Es tan difícil mezclar eficaz y razonablemente hechos y teoría como narración y campos temáticos. En su magistral «crítica histórica de la Revolución francesa», Edgar Quinet combinó conscientemente diferentes temáticas y teoría, pero sin olvidar la diacronía.⁴² Quinet, abriendo caminos nuevos, consagró un largo capítulo, titulado «Teoría del terror», a sondear la discusión sobre lo que consideraba como el más problemático y contestado aspecto de la Revolución francesa.⁴³ Pero también subrayó con intensidad que cualquier intento de explicar el Terror requiere de una «cui-

39 Véase Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Seuil, París, 1971, esp. pp. 174-182 [trad. en castellano: *Cómo se escribe la Historia: ensayo de epistemología*, Fragua, Madrid, 1972].

40 Michel Foucault, en *Quinzaine littéraire*, 1 y 15 de marzo de 1986, y *Dits et écrits, 1954-1988*, vol. 4, Gallimard, París, 1994, pp. 73-75. Para la problemática relación entre historia y sociología, véase Rudolf Hamman, *Revolution und Evolution: Zur Bedeutung einer historischen akzentuierten Soziologie*, Duncker & Humblot, Berlín, 1981, pp. 11-17.

41 Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, Colin, París, 1974, p. 36 [trad. en castellano: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, FCE, México, 2001].

42 Quinet, *La Révolution*, p. 61.

43 *Ibíd.*, cap. 17.

dadosa reconstrucción de las fechas». Según Quinet, no prestar una minuciosa atención a la cronología de las colisiones entre la vieja y la nueva Francia significa «aislar la Revolución francesa en el tiempo [...] y suspenderla en el vacío»; y contar su historia sin tener en cuenta las fuerzas de la oposición, que casi siempre estuvieron a la ofensiva, es como «contar la historia de una batalla militar sin tener en cuenta al ejército enemigo». ⁴⁴ Efectivamente, interpretar las Revoluciones francesa y rusa, particularmente sus Furias, de forma no dialéctica significa arriesgarse a interpretarlas como infames capítulos en la historia de la locura y el crimen de la humanidad, o como calamidades espantosas y mortales —inevitables como las tragedias de la vida cotidiana—. Habitualmente los maestros consumados de tales interpretaciones atribuyen el *crescendo* de la violencia a una convergencia entre la irresistible fuerza de un sistema de creencias mesiánico y maniqueo, y la férrea voluntad de un líder todopoderoso y demoníaco. En última instancia, estas explicaciones sobreideologizadas y sobrepersonalizadas resultan obsesivamente monocausales. «Con demasiada frecuencia [ocurre en el discurso histórico que] la obsesión hacia una causa única tan solo es la forma capciosa en que se busca un responsable siguiendo un juicio de valor». A diferencia del abogado, que alega en un caso, y del juez, que aplica las leyes, el historiador crítico «se pregunta “por qué”, y percibe que la respuesta no será sencilla». ⁴⁵

44 Ibid., pp. 55 y 70-71.

45 Bloch, *Apologie...*, p. 156; A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Atheneum, Nueva York, 1962, p. 13 [trad. en castellano: *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, Luis de Caralt, Barcelona, 1963]; E. H. Carr, *What is History?*, pp. 99-100 y 113. Véase también Carlo Ginzburg, *Le juge et l'histoire*, Verdier, París, 1997, *passim* [trad. en castellano: *El juez y el historiador*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1993].